

Mussolini duce

Roma, 1923.

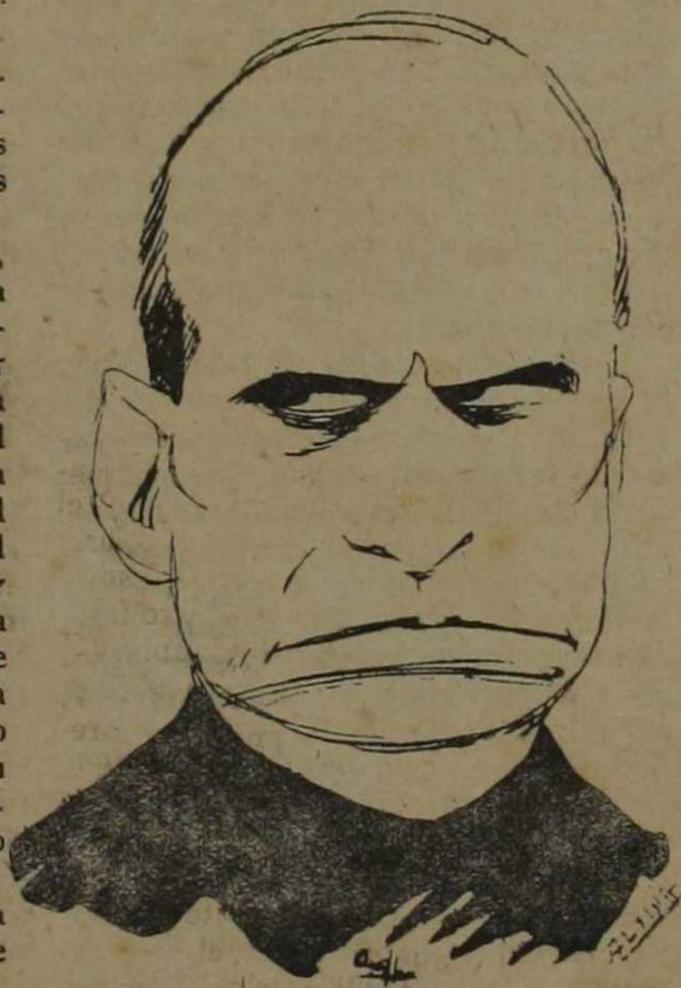
EN torno a una figura imperiosa se congregan las fuerzas de la Italia exuberante. Benito Mussolini es el condotiero de ojos vigilantes, el capitán de pueblo, el Hombre, simplemente, para los que ponen su devoción en una mayúscula. Cuando se disolvía el reino, cuando se dudaba del porvenir, ante el inminente caos, afirmó los derechos de su patria a la inmortalidad. En nombre de un grave nacionalismo predicó y ordenó la violencia. Dictador, Imperator—enhestan su voluntad para obedecerle y hallan nuevas razones de esperar los más generosos italianos.

Físicamente, dicen sus partidarios, se parece a Napoleón. Para redimir a su raza ha resucitado el Corso magnífico. El retrato destinado a popularizar los rasgos viriles de Mussolini acentúa la semejanza. Acabo de admirar el busto de Canova, recuerdo la postura más apolínea que marcial del general Bonaparte en el retrato de Gros. El *duce* viene del pueblo: es rudo y fuerte, mentón de voluntad, quijada poderosa. El cuerpo robusto parece concentrado para la acción. Le falta la aristocrática palidez, el perfil romano del César Francés. Más movilidad en los ojos, menos intensidad en la mirada. Fisonomía de Imperator, pero no de semidiós.

El *duce* va a cumplir cuarenta años. Con un diploma de maestro de escuela se preparó a conquistar la vida. Se reveló pronto en él un agitador, un capitán de voluntades. Vivió en Suiza, ensayó varias rutas, escribió en hojas revolucionarias. Fué expulsado y volvió a Italia, donde se distinguió, en públicas reuniones, como agresivo socialista. Triunfó en el Congreso de Ancona su franqueza, su áspera elocuencia. Pronto le encargaron la dirección del órgano del partido, el célebre *Avanti*. Orador, polemista, congregaba y dominaba a las turbas hasta 1914, el año fatídico.

Estalla la gran guerra y Mussolini pide la intervención de Italia en el conflicto. No acepta la neutralidad, rechaza el vago internacionalismo de su partido. Se separa del diario y de la agrupación política y funda, el 15 de noviembre de ese año, un periódico en Italia, *Il Popolo d'Italia*. Desde sus columnas predica la necesidad y la santidad del combate para realizar el ideal italiano, la temible eficacia de la sangre. La sangre «imprime movimiento a la sonora rueda de la historia», escribió alguna vez. Abandonó pronto el periodismo militante para

vivir peligrosamente en las trincheras. Al fin, combatía su patria al lado de los aliados y podía él, después de acuciar batallas, convertirse en soldado de clara acción. Fué gravemente herido y volvió a su diario dilecto para continuar la terrible lucha por las tierras no redimidas. Acusó después de Caporetto, escribió con sangre, según la



BENITO MUSSOLINI

(Según *El Mundo* de México, D. F.)

lección del filósofo, contribuyó a la victoria definitiva.

La paz no le satisface, las obscuras discusiones del Congreso de París, la intervención de principios wilsonianos en la vida de Italia, claudicaciones y flaquezas, y con ellas un gran desencanto colectivo. Surge entonces el Fascio de combate, preparación de reivindicaciones ineludibles, órgano de crítica armada, de violento nacionalismo. Un héroe poeta afirma en Fiume la tensa voluntad italiana. Los políticos no comprenden el gesto admirable: transigen, discuten, se lamentan. Dolor de Boabdil, funesta abdicación. Nitti no cree en la victoria, Giolitti cede ante el comunismo, el mesianismo eslavo invade las feraces campiñas italianas. El Estado literal se ha convertido en máscara detrás de la cual no descubrimos realidad al-

guna, afirma el fascismo. En efecto, el Gobierno se resigna y renuncia a luchar. Acepta en el orden diplomático, las fronteras impuestas por ominosos Tratados; tolera la invasión de las fábricas por ignaros obreros.

Conocemos la historia reciente del fascismo agresivo. Después de victorias locales, se organiza para la conquista del Poder. Derriba o dispersa a los partidos parlamentarios, marcha resueltamente hacia Roma, y, por medio de una revolución que pudo ser cruenta, se instala en el Gobierno; por treinta años, declara el jefe sonriendo.

En tres meses de Gobierno, Mussolini ha fundamentado las más serias esperanzas. Es reformador de acción firme, sin digresiones oratorias. No transige con los partidarios de la «antínación». Llama así, adoptando el vocabulario de la *Acción Francesa*, a cuantos no sienten la virtud del santo egoísmo nacional. Amenaza a los comunistas, los priva de una peligrosa libertad. O ceden o los aniquila sin piedad. Tampoco acepta la colaboración de la masonería, tenebroso y arcaico poder que dudó de la victoria y con veleidades de humanitarismo enflaqueció el ser nacional.

Ha prohibido los juegos de azar como si quisiera enseñar a su pueblo que sólo un continuado esfuerzo puede encadenar el porvenir. Ha separado de la Administración a muchos empleados, porque no admite que continúe en aparente actividad una burocracia parasitaria. Economías, severidad en las finanzas, tal es uno de los artículos fundamentales de su reforma. El ministro de Stefani colabora, con inflexible voluntad, en esta campaña. Italia debe cuarenta mil millones de libras esterlinas, tremenda obligación para un país relativamente pobre, en el cual vastas regiones inexploradas no contribuyen todavía a la formación de la riqueza nacional. El dictador tendrá que establecer nuevos impuestos, herir intereses de sus propios partidarios, imponer sacrificios a la fortuna constituida.

Ha organizado una milicia nacional, como si quisiera evitar el funesto estallido de nuevas revoluciones. Parece que quisiera despojar al fascismo victorioso de su primera y necesaria violencia. Se propone, contra los postulados del socialismo, privar al Estado de algunos de sus atributos económicos, limitar su acción, estimular la intervención de compañías y sindicatos. En lo que atañe a la instrucción, prosperará bajo el nuevo régimen la escuela libre. El ministro filósofo, Giovanni Gentile, amigo de Benedetto Croce, desconfía de la escuela oficial, oficina de liberalismo y de incredulidad. Ha vuelto a las escuelas el crucifijo desterrado. «Las nuevas genera-